

ENCUADRE: LO INSTITUCIONAL, LO INSTITUYENTE

Carlos E. Barredo

*Al recuerdo de Roberto Polito que,
sabiendo no enseñarme, me hizo saber.*

Lo indiscernible. Lo inflexible.

El encuadre en psicoanálisis ha sido definido como lo que es necesario para que una transferencia se despliegue.

Intento en este trabajo reflexionar sobre lo implicado en esa necesidad.

Comienzo con la regla fundamental, la que abre el juego delimitando el funcionar de la asociación libre.

En el intercambio con analistas en supervisiones o talleres clínicos me ha sorprendido, en ocasiones, la ausencia de su formulación explícita, o reticencias al respecto. Práctica que se sostiene en la creencia de que es conveniente omitir este acto y suplantarlos por una modalidad de intercambio dialogado “más natural”.

Al mismo tiempo es observable la perplejidad, el desconcierto teñido de incredulidad, con que es recibida por los futuros analizantes, incluso los más advertidos sobre el método. Esto lleva a la rápida caída en el olvido de lo escuchado, lo que no deja de favorecer el efecto de sorpresa de la interpretación cuando recoge los frutos de lo libremente asociado.

La contrapartida necesaria de lo prescripto por la regla fundamental como asociación libre para el analizante, es la atención flotante para el analista. La ausencia o perturbación de esta última impediría la lectura de los efectos de la primera, anulando la eficacia del procedimiento.

Otro tanto acontece con la llamada regla de abstinencia, que más que formular patrones o modelos de funcionamiento para los analistas, indica que deben abstenerse de todo accionar que altere el funcionamiento organizado por la regla fundamental.

Se deduce entonces que la regla reúne: asociación libre, atención flotante y abstinencia como elementos de un conjunto en interrelación necesaria, sin la cual sería imposible legitimar cualquier interpretación como psicoanalítica.

Cuando Lacan afirma que “al adentrarse en análisis el sujeto acepta una posición más constituyente que las consignas con las que se deja más o menos engañar, la de la interlocución”, entiendo que apunta a una posición que se establece tomando como referencia la interrelación antes mencionada, en el seno del dispositivo freudiano. Artificio que cambia las reglas del diálogo tal como se lo concebía antes del advenimiento del psicoanálisis.

Desde esa posición así establecida, el analizante se libra a un decir sin ninguna pretensión de verdad, dirigido más allá de su interlocutor

circunstancial (su semejante, quien lo enfrenta como alter ego en la ocasión) a ese Otro, no un ser sino un lugar, también fijado por las condiciones de interlocución que el dispositivo freudiano estipula. En relación a este Otro deberá situarse el analista, para poder responder a lo que le es dirigido en el decir del analizante.

En la interlocución así definida, la verdad no consiste en un contenido que un individuo pueda formular como confesión, sino en un recorte de una trama simbólica que a su vez ubica un sujeto. Queda a cargo del analista decidir cuáles son las articulaciones de esa trama que harán posible el buen corte, aquel que sancione la emergencia del efecto sujeto.

Este planteo contrasta con la idea del encuadre concebido como la sumatoria de requisitos independientes entre sí que funcionan como condiciones previas para que algo de un proceso se instaure.

Quiero enfatizar la noción de un dispositivo compuesto por relaciones entre términos, que distribuyen lugares asimétricos.

De esta manera lo que encuadra es inherente, no deslindable del procedimiento mismo de la cura al que rige en su operatoria, regulando sus transformaciones desde el inicio hasta su desenlace.

La idea de un proceso lineal, secuencia natural de configuraciones que se suceden en el devenir de una cura, no parece reflejar el acontecer de la experiencia en un análisis.

La noción de dirección de la cura como tarea del analista implica momentos singulares de decisión cuya eficacia sólo podrá leerse en sus efectos. Actos que tienden a promover la experiencia del inconsciente en un devenir de encuentros azaroso y discontinuo que dará como consecuencia un cambio en las condiciones de goce del sujeto.

La función del encuadre así planteada no está sujeta a medidas de flexibilidad o rigidez originadas en ideales institucionales tendientes a facilitar su instalación.

Muchos trabajos ilustran con ejemplos clínicos soluciones exitosas conseguidas con uno u otro criterio. Esto es posible porque la eficacia lograda no resulta de ajustarse a una norma, o modificarla, sino de una decisión del analista en la dirección de la cura cuyos efectos, incalculables a priori, permiten solucionar un obstáculo y relanzar el análisis.

Como afirma el chiste acerca del embarazo, el dispositivo está presente o no, y esta presencia es lo único que hace viable la tarea de analizar (uno de los imposibles freudianos).

También es lo que marca la diferencia, irreductible en mi opinión, con cualquier práctica psicoterapéutica orientada por una ética del bien.

La emergencia del acting-out, inherente a muchos momentos del devenir de un análisis, será lo que nos indique que no hemos podido sostener la posición del analista que preserva el encuadre, y lo que nos llama a retomarla, reubicando nuestro lugar en el juego de relaciones de la transferencia.

Lo instituyente. Lo que no se enseña.

El descubrimiento freudiano es el del campo de las incidencias sobre el viviente de sus relaciones con el orden del lenguaje.

La repetición como saber imposible, real, muestra al lenguaje como aparato del goce que se satisface recorriendo los mismos caminos en los que goza buscando sin encontrar. Estatuto del goce en la insatisfacción.

La imposibilidad remite a lo reprimido primordial, núcleo real opaco que al sustraerse hace del inconsciente ese saber no sabido. Imposible saberlo todo, no hay concepto de lo real, sólo se lo aprehende en la angustia.

No es entonces abordable como episteme transmisible, sino sólo por la vía de una ética que lo hace accesible como equívoco, semidecir cuya ley ya implica esa función del residuo en la verdad, que resiste en todo discurso.

El saber inconsciente que se produce en momentos de retornos contingentes en la cura, dando lugar a una articulación del deseo del analizante, no tiene existencia previa al instante de su advenir en la transferencia.

Es sólo esa consecuencia lógica del dispositivo: la función sujeto supuesto saber, lo que lleva a postular retroactivamente su presencia en Otro como "ya ahí".

En toda interrogación sobre el saber es presupuesta esta función. Aunque sea míticamente, como inmanente al inicio es necesario postular esta figura de un sujeto al que se supone el saber que por estructura le falla al sujeto.

Figura que responde así a esos huecos en el origen debidos a que el sujeto es producido por el significante, es un efecto del discurso que hace de todo hablante un objeto para el goce del Otro.

Que el analista sitúe su posición en referencia a ese objeto lo lleva a ubicarse como causa del trabajo de la transferencia. Promueve entonces, por medio de efectos de interpretación que apuntan a la inventiva del sujeto, la emergencia del inconsciente como un saber sin sujeto que motivando la caída del sujeto supuesto saber, lo destituye.

Es esta experiencia de la transferencia, en tanto puesta en acto del inconsciente, por vía de la interpretación como la "invención del analista" (tanto en sentido activo como pasivo), lo único instituyente en un análisis.

Esta operación no puede sustentarse en ninguna demanda institucional, ya que el objeto que la causa es, por definición, lo no articulable en una demanda. Producto de un discurso que no lo puede nombrar, causa un deseo: el deseo de analista como motor del análisis y de lo que en él es instituyente. Esto, insisto, difiere de cualquier demanda de las instituciones ligada tanto a las necesidades de organización de los lazos entre analistas como a los procesos de reconocimiento de los mismos.

Sólo haber atravesado la experiencia de un análisis, o haber sido atravesado por ella, produce ese pasaje que hace de un analizante analista. De allí lo indispensable del análisis de formación (incluso "training" tiene mejores resonancias que nuestro término "didáctico"). Esto implica que para que se inicie un análisis alguien tiene que haberlo terminado: haber resuelto una transferencia, destituido el sujeto supuesto saber.

Llegado hasta allí, sabiendo de la existencia de esa figura ¿cómo sustentarla

para posibilitar que otro se analice?.

Respuesta: el analista olvida haber llegado hasta allí. Ese será su acto esencial: fingir olvidar que su acto es ser causa de ese proceso, lo que no implica olvidar que verdad no es exactitud y que tiene estructura de ficción. Esta estructura, en la clínica, es lo que da cuenta de las distintas modalidades por las que un sujeto ha constituido su relación con el lenguaje y es por eso susceptible de ser modificada en el interior de una relación de lenguaje.

El psicoanálisis es esa praxis de la palabra que da lugar a actos que sostienen la cuestión del hacer como causa, opuesto al determinismo necesario (fatalista) del destino, promoviendo el margen de libertad posible del deseo.

Sólo a través de esta dimensión deseante un acto analítico es posible. Los ideales, la dimensión idealizante de la demanda del Otro, no permiten el acto ni aún queriendo prescribirlo. Se restringen al terreno de la acción que se reduce a obediencias y rebeldías.

Lo oscuro irreductible. El margen. El malestar.

En un excelente artículo sobre literatura y psicoanálisis, Ricardo Piglia plantea que el género policial es la base sobre la cual hoy vemos la realidad, bajo la forma del crimen.

En ese género la literatura discute lo mismo que la sociedad aunque en otro registro: la no coincidencia entre la verdad y la ley.

El policial negro en especial despliega en sus relatos, más allá de un crimen acontecido y de cuyos autores puede saberse desde un comienzo, que la investigación va develando una urdimbre de relaciones que sostiene intereses sórdidos, oscuros, pasionales a veces, corruptos en general. Panorama que, como trasfondo de la realidad está destinado a permanecer, aún cuando pueda verse afectado por la verdad que surja de la investigación del crimen acontecido. Verdad a la que ese trasfondo se opone y con la que está en tensión.

La presencia de ese panorama y la descripción de los oscuros lazos que lo sostienen en la ficción, ha dado a este género su función de denuncia, de crítica social de la injusticia y la irracionalidad.

En la conferencia de homenaje al centenario del natalicio de Freud, Lacan postula que ante el interrogante sobre cómo ingresa en el ser hablante ese orden de relaciones tan ajeno a sus intereses vitales que incluso va en contra de ellos, el creador del psicoanálisis responde con la invención de un mito moderno: el asesinato del padre primordial. Es por la vía del crimen que ingresa en los humanos la ley.

Piglia señala como un elemento de atracción del psicoanálisis que este ofrezca, en medio de la crisis de experiencia contemporánea, una versión violenta y oscura del pasado personal.

El origen de esta versión de lo padecido apunta a la noción de trauma como un saber que se sustrae, sólo reconstruible por la lectura de sus efectos. Lectura que permite alcanzar una verdad que se puede formular como un saber sobre lo acontecido traumático, imposible de ser sabido.

El detective es esa invención del género policial cuya función será investigar la falta de coincidencia entre la ley y la verdad, a raíz de ese desorden evidenciado en el enigma oscuro como centro secreto de la sociedad. Se verá llevado a interpretar algo acontecido de lo que quedan signos y puede

realizar esa función por estar fuera de cualquier institución. Esta ahí para hacer ver que la ley, en su lugar institucional (la policía), funciona mal. Es a la vez el último intelectual en tanto muestra que la verdad ya no puede permanecer en el ámbito de sujetos puros del pensar (filósofos, científicos), sino que debe ser construída en situación de peligro, y se dispone para hacerlo.

Su marginalidad responde al problema de cómo criticar la sociedad que lo determina, cómo hacerlo desde su interior, formando parte del universo que se analiza. Se suma a esa posición la presencia de un elemento extraño, inasimilable a toda institución en el sistema de interpretación que encarna, y con el que enfrenta una historia que no es la de él, un crimen y una verdad que le son ajenas, pero en las que está extrañamente implicado.

Un analista no es un detective, sus lugares de encuentro con la verdad y sus métodos para provocar esos encuentros difieren de la práctica detectivesca.

Comparten sin embargo su posición de excentricidad respecto de los ideales que organizan el universo discursivo que habitan.

Lacan teorizó con el término de “extimidad” a la dimensión de profunda alteridad que nos habita intimamente y que caracteriza a eso por lo que el analista debe orientarse en su práctica. Algo que siéndole ajeno no deja de implicarlo de modos extraños. Un objeto privado, sin medida común, que no circula ni es socializable. Características todas que se oponen a las referencias ideales que organizan los intercambios institucionales.

De allí la permanente tensión entre la necesidad de las instituciones para los analistas y el malestar que inevitablemente generan. La historia del psicoanálisis abunda en ejemplos al respecto.

El panorama actual parece indicar la conveniencia de una alianza de intereses con medios académicos para fines formativos y de expansión de nuestra disciplina. Se impone ante ello la necesidad de reflexionar, sin retroceder ante el desafío de desarrollar nuevas formas y ámbitos en los que preservar y enriquecer el legado freudiano, sobre las vías a inventar para que esta nueva oportunidad no se reduzca a un mero matrimonio por conveniencias.

De ello resultará el marco institucional que en el futuro encuadre nuestra práctica.

BIBLIOGRAFÍA

BARREDO, C.: (1992) “La mente es cosa seria, la interpretación es un chiste”. En “La misteriosa desaparición de las neurosis” Ed. Letra Viva, 1998.-

BARREDO, C. ; PAULUCCI, O.: (1993) “Clínica de la angustia: Acting-out y pasaje al acto”. En “La misteriosa desaparición de las neurosis”. Ed. Letra Viva, 1998.-

GLASMAN, S.: (1993) “Rasgos de método”. Conjetural N° 28.

LACAN, J.: (1956) “Situación del psicoanálisis y formación del analista en 1956”. En Escritos I . Ed. Siglo XXI, Buenos Aires.

- — — : (1955) Le Seminaire, Livre III "Les Psychoses" Ed. Seuil.
— — — : (1962) Le Seminaire, Livre X "L'Angoisse". Editions de
L' Association Freudienne Internationale.
PIGLIA, R.: (1997) "Los sujetos trágicos. Literatura y Psicoanálisis. En
"Formas Breves". Ed. Temas, Buenos Aires.
RABINOVICH, D.: (1989) "Una clínica de la pulsión: las impulsiones"
Ed. Manantial, Buenos Aires .